

DOCUMENTOS DE TRABAJO

EL PRADO, UNA GRACIA MISIONERA: un nuevo impulso para la evangelización de los pobres

Robert Daviaud



"¡Oh, Dios mío, admiro tu deseo de darte a conocer!"

Antonio Chevrier (CDA 59)

La gracia concedida al Padre Chevrier fue una gracia misionera para el bien de los más pobres. El encuentro místico de Dios en la noche de Navidad de 1856 se tradujo en una conversión del discípulo que se concretizó en toda una creatividad misionera. ¡Del interior al exterior! La meditación del misterio de la encarnación relacionado a la mirada teologal y llevado a la gente de la Guillotière transporta al joven sacerdote de San Andrés a todo un impulso apostólico para servir mejor a Jesucristo, Enviado del Padre en su misión de salvación.

Toda vocación implica una misión que se inscribe en la misión de toda la Iglesia. Claramente hemos comprendido que el Prado no era solamente un lugar de ayuda espiritual y fraterna, lo cual es innegable. Pero también hemos percibido mejor cuánto se trataba de una verdadera vocación con toda una implicación misionera al centro de nuestras Iglesias locales. Es un don de Dios, un llamado a tomar su lugar al centro de la Iglesia que es signo e instrumento de salvación para los pobres, los ignorantes y los pecadores. La inscripción grabada en la tumba del padre Chevrier nos indica las dos caras de nuestra orientación misionera: la educación de la fe de los pobres y la formación de sacerdotes y apóstoles ("...de rudibus instruendis et de clericis educandis").

La vocación pradosiana es apostólica en el estricto sentido del término. Se arraiga en la experiencia creyente y misionera de los 12 apóstoles que formaban una verdadera comunidad de discípulos, actuando bajo la acción del Espíritu Santo. En los "Escritos sobre el sacerdocio", el padre Chevrier comienza con un estudio del ministerio de los apóstoles. El sacerdote participa en la vocación de los apóstoles. Debe aplicarse a sí mismo las instrucciones que Jesús les dejó. Hoy en día, igual que ayer, Jesucristo elige personas a fin de asociarlas de una manera particular a su misión de enviado del Padre en el seno de nuestra historia (cf. *Escritos sobre el sacerdocio*. Documento, Yves Musset, p. 89-96).

Las Constituciones afirman fuertemente la dimensión apostólica de nuestra vocación a partir del don concedido al Padre Chevrier: "La Asociación de los sacerdotes del Prado es el fruto de una gracia concedida por el Espíritu Santo a la Iglesia en la persona de Antonio Chevrier, sacerdote de la diócesis de Lyon, en vista de la Evangelización de los pobres" (C. 1). *"La Asociación de los Sacerdotes del Prado está consciente de haber recibido una gracia concedida a la Iglesia para que se evangelice a los pobres. Al interior de nuestras Iglesias locales, contribuiremos a que la persona de Cristo y su misión de Enviado del Padre sean la fuente de una inteligencia renovada de la misión y de iniciativas apostólicas; que las condiciones de vida de los pobres y sus culturas sean un punto de referencia*

permanente de la acción pastoral, y que todo el pueblo de Dios dé signos del Reino” (C. 21).

Hacemos estas preguntas: ¿cómo la vocación y el carisma del Prado nos hacen capaces de participar en la misión de nuestras iglesias diocesanas, en América Latina y en Caribe? ¿Cómo tiene el Prado una misión particular al centro de la misión única de Dios? Desde hace un siglo y medio, el Prado ha mantenido su lugar en la evangelización de los pobres, desempeñando en cierto momento un papel importante para provocar o sostener nuevas iniciativas. Hoy en día, ¿qué es de él, en nuestras condiciones, en las Iglesias donde el Prado está presente desde hace mucho tiempo, o bien en lugares donde es de creación más reciente? (En América Latina, el Prado nació en los años 1970).

1 – ¡Llamados a servir la misión de Dios ante los pobres!

El Prado es uno de los múltiples lugares mediante los que se expresa la preocupación de Dios por su pueblo. Se nos invita sin cesar a entrar mejor en la inteligencia del misterio de Dios, para alimentarnos del Verbo hecho carne y dejarnos guiar por el Espíritu Santo. La misión ante los pobres no proviene de nosotros. Tiene su origen en Dios y el Espíritu Santo la conduce constantemente, como nos lo enseña el Libro de los Hechos. No es la iniciativa de algunos especialistas, sino que se encuentra al centro de la Iglesia misionera.

Conocemos estas frases del Concilio Vaticano II: *“La Iglesia peregrinante es misionera por su naturaleza, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre” (Ad*

gentes, 2). La finalidad es permitir que los pobres, al igual que a todas las personas, tengan la dicha de conocer a Dios y se dirijan hacia una mayor fraternidad y paz, “porque la Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (Lumen gentium, 1).

El documento de Aparecida también dice: *“Se trata de confirmar, renovar y revitalizar la novedad del Evangelio arraigada en nuestra historia, desde un encuentro personal y comunitario con Jesucristo, que suscite discípulos y misioneros. Ello no depende tanto de grandes programas y estructuras, sino de hombres y mujeres nuevos que encarnen dicha tradición y novedad, como discípulos de Jesucristo y misioneros de su Reino, protagonistas de vida nueva para una América Latina que quiere reconocerse con la luz y la fuerza del Espíritu” (11)*

“¡Alaben al Señor” ¡Del polvo alza al pobre! (Salmo 113)

Numerosos textos de las Escrituras hablan de la compasión de Dios por los más pobres. Me permito retener uno de ellos de manera más particular. Se trata del Salmo 113. Es conveniente meditarlo en su totalidad:

¡Aleluya! Alaben, servidores del Señor, alaben el nombre del Señor. Bendito sea el nombre del Señor, desde ahora y para siempre. Desde la salida del sol hasta su ocaso, sea alabado el nombre del Señor.

El Señor está sobre todas las naciones, su gloria se eleva sobre el cielo. ¿Quién es como el Señor, nuestro Dios, que tiene su morada en las alturas, y se inclina para contemplar el cielo y la tierra?

El levanta del polvo al desvalido, alza al pobre de su miseria, para hacerlo sentar entre los nobles, entre los nobles y su pueblo; él honra a la mujer estéril en su hogar, haciendo de ella una madre feliz”.

Este salmo nos muestra a Dios como al amigo del pobre, como al Creador preocupado por las personas que se pierden. Nos invita en primer lugar a conocer mejor la grandeza y la altura de Dios. “¿Quién es como el Señor, nuestro Dios?”. Esta “altura” no significa un alejamiento de los hombres, sino que permite un mismo movimiento y una inclinación para contemplar y aliviar.

Se trata de un salmo de alabanza. Los siervos del Señor, todos los creyentes y los hombres justos, están invitados a la acción de gracias, para celebrar el nombre de Dios y reconocer su identidad y su acción. La admiración anima al que ora, por la grandeza de Dios y su manera de devolver su dignidad a la persona humillada. “*El Señor está sobre todas las naciones... su morada está en las alturas...*”. Su gloria es la misma más allá del cielo. Él es único, todopoderoso. El contempla el cielo y la tierra. Sin embargo, esta trascendencia no es un alejamiento ni un signo de indiferencia. Sino que como está en lo alto, se inclina y contempla. “*El Señor está en las alturas, pero se fija en el humilde*” (Salmo 138,6).

La manera en la que el salmo habla de los pobres es particularmente dura. Se trata del débil que yace en el polvo sin defensa y del pobre reducido a vivir en el polvo y a buscar su alimento entre los desperdicios. Esta gente está excluida de cualquier vida social. A la miseria económica se une la humillación de una existencia estéril sin reconocimiento ni dignidad. El Señor, por su

parte, contempla a esta gente. Ellos están en su corazón. También, los rescata, los eleva. A partir de ahora, pueden residir al centro del pueblo de los nobles y los príncipes. Aquel que reside reencuentra su dignidad y su libertad. El pobre recupera entonces su identidad de criatura y de hijo de Dios. El pueblo de Dios es un pueblo de reyes y de sacerdotes. Todos están invitados a residir y a tener su lugar al centro del mundo. Este salmo nos recuerda la vocación de todas las personas en el diseño de Dios. Se trata de salir de la esterilidad de una vida sin fecundidad, como la mujer sin hijos que encuentra la dicha de dar a luz. Esta fecundidad es un don de Dios que quiere que todos los hombres tengan vida en abundancia.

El salmo 113 nos permite entrar en un conocimiento más profundo del misterio de Dios creador y salvador. Este movimiento de Dios hacia nosotros se nos expresa plenamente en la Encarnación del hijo, que vino a nosotros, como lo expresa el himno a los Filipenses (Fil 2,1-11). ¿Acaso Jesús mismo no compartió la condición del pobre, de aquel que toca el polvo y la humillación de la cruz? ¿No es verdad que a través de su resurrección, todos los débiles y los pecadores se ven salvados y perdonados en la vida?

Otros textos de las Escrituras nos son familiares en el Prado siguiendo el ejemplo del padre Chevrier. En primer lugar, pienso en el prólogo de San Juan (Jn 1, 1-20) “*Nadie ha visto jamás a Dios; el que lo ha revelado es el Hijo único, que está en el seno del Padre*”; “*La Palabra se hizo carne, y nosotros hemos visto su gloria*”. Por supuesto, también está la narración de Jesús en Nazaret (Lc 4, 16-21) “*El Espíritu del Señor está sobre mí,*

porque me ha consagrado por la unción. Él me envió a llevar la Buena Nueva a los pobres".

Hay que agregar otro pasaje de las Escrituras, con frecuencia meditado por el Padre Chevrier, y que representa una referencia importante del "Mural de Saint Fons". Se trata del lavado de pies de los discípulos por parte de Jesús en la víspera de su pasión. *"Les he dado el ejemplo, para que hagan lo mismo que yo hice con ustedes"; "Jesús respondió a Pedro: Si yo no te lavo, no podrás compartir mi suerte"*. El gesto del Siervo, si es aceptado por la persona humana, permite ser lavado del pecado y del mal, y entrar en una nueva comunión con Dios, fuente de fraternidad y de renovación entre los hombres. Liberación del mal y apego a Jesucristo son los frutos de la Pasión y el contenido primero de todo apostolado. Es necesario que notemos cuán profundamente misionero es el Mural de Saint Fons, ya que nos presenta la acción múltiple de Dios, que viene a salvar a la humanidad por el camino del pesebre, del calvario y del tabernáculo.

Todo eso es la fuente de la evangelización de los pobres como lo dice el documento de Aparecida : *"Nuestra fe proclama que Jesucristo es el rostro humano de Dios y el rostro divino del hombre. Por eso la opción preferencial por los pobres esta implícita en la fe cristológica en aquel Dios se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza. Esta opción nace de nuestra fe en Jesucristo, el Dios hecho hombre, que se ha hecho nuestro hermano (cf Hb 2,11-12)"* (392)

La conversión del apóstol para la misión de Dios

Desde hace algún tiempo, descubrí este texto sobre la vocación de Moisés, no en el Éxodo, sino en los Hechos de los Apóstoles, a través de las palabras de Esteban, que pronto se verá asociado a la pasión de Cristo (Hch 7,17-43). El combate del ministerio no puede evitar tiempos de purificación, de conversión algunas veces rudos en los que se nos invita a entrar más profundamente en los designios de Dios.

En su discurso, Esteban muestra cómo, de cierta manera, Moisés anticipa a Jesucristo. Moisés hace una entrega. Él es el jefe, liberador. De cierto modo está situado entre Dios y los hombres. Él mismo encuentra fuertes oposiciones (cf. TOB, Hch 7,25 nota e). Es interesante comprobar cómo su vocación se desarrolla en tres etapas de cuarenta años. Aunque Abraham respondió siguiendo el llamado del Señor, el camino fue más difícil para Moisés. ¡No fue sino al cabo de 80 años que comprendió su vocación divina!

La primera etapa de cuarenta años (20-22) nos presenta la educación de Moisés: *«Era muy hermoso delante de Dios»*. Instruido en la sabiduría de los Egipcios, *«llegó a ser poderoso en palabras y obras»*. Parece no faltarle nada para tener éxito en la vida.

La segunda etapa de cuarenta años (23-29) nos muestra la solidaridad y el fracaso de Moisés: *«Al cumplir cuarenta años, sintió un vivo deseo de visitar a sus hermanos, los israelitas»*. A pesar de la educación protegida que recibió, en el fondo de su corazón conservó sus raíces y sus lazos con su pueblo, cuya opresión descubre. Muy pronto se enfrenta a la injusticia y a la violencia. Incluso sus hermanos lo rechazan sin miramientos: *«¿Quién te ha nombrado jefe o árbitro nuestro?»* Seguro de su fuerza,

“Moisés pensaba que sus hermanos iban a comprender que Dios, por su intermedio, les daría la salvación. Pero ellos no lo entendieron así”. Vemos la desilusión. A partir de su iniciativa propia y de su proyecto de liberación, Moisés fracasa. La generosidad no basta. Incluso debe escapar, convertirse en emigrante en un país extranjero. Ahí, en el anonimato, rehace su vida en el país de Madián, donde tiene dos hijos. ¡La ambición de liberar a su pueblo parece muy lejana!

La tercera etapa de cuarenta años (30-40) permite a Moisés descubrir su verdadera vocación como una vocación divina. Dios viene a buscarlo. Durante largos años, Moisés tiene que vivir con su amargura y quizá poco a poco se deja purificar y convertir. Ante la zarza ardiente no huye, sino que se acerca a ver. Dios revela quién es: «Oyó la voz del Señor», en este momento, atemorizado, no osa mirarla. “Quítate las sandalias porque estás pisando un lugar sagrado. Yo he visto la opresión de mi Pueblo que está en Egipto, he oído sus gritos de dolor, y por eso he venido a librarlos. Ahora prepárate, porque he decidido enviarte a Egipto”.

Para Moisés, la inversión se completa. Primero, había actuado a partir de sí mismo, a partir de su visión y de su comprensión del sufrimiento de sus hermanos, como si él mismo pudiera ser quien velara y liberara a su pueblo. Ahí, se da cuenta de que Dios es quien vio la miseria de su pueblo, y que él es quien quiere liberarlo. El desierto donde se encuentra se vuelve una tierra santa donde Dios se da a conocer. El llamado es una iniciativa de Dios. Moisés descubre su lugar en la obra de Dios, de la cual será instrumento y siervo. Fue necesario mucho

tiempo, etapas duras, para que comprendiera su vocación divina.

El discurso de Esteban nos muestra cómo la vocación está ligada a la misión. A partir de ahora, se trata de servir a la liberación que Cristo nos da en el misterio pascual, de compartir su compasión y su mirada hacia la miseria de la gente, de lavar a los hombres del mal que los atrapa o del que son responsables, restableciendo así la comunión con Dios y la fraternidad posible entre los humanos. Esta participación en la salvación solamente es posible si la unión con Cristo permanece fuerte, si él es el verdadero arquitecto en el Espíritu Santo.

2 - ¡De la conversión a la misión!

a) El Padre Chevrier

El Padre Chevrier estaba profundamente impregnado de la compasión de Dios por los pobres y, dejando que actuara el Espíritu Santo en él, supo estar disponible y ser creativo para poner en acción nuevas iniciativas. Sabemos que la experiencia mística que vivió la noche de Navidad de 1856 fue determinante. El Prado nació de la oración de un joven vicario parroquial ante el pesebre, que recibió una iluminación proveniente de Dios, respecto a “este hermoso misterio de la Encarnación”.

Las consecuencias fueron inmediatas en su vida de discípulo de Jesucristo. Después de haber meditado, como la Virgen María, el misterio de la Natividad, y después de haber entrado en la contemplación de Dios por los pobres y los pecadores, tomó la decisión de seguir más de cerca a Jesús a fin de trabajar con mayor eficacia por la salvación de la gente. En ese momento, el

Padre Chevrier comenzó el estudio regular de Nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio. Se decidió a abandonarlo todo para vivir una pobreza radical, por imitación a Cristo pobre y humilde así como por respeto a los pobres a quienes deseaba encontrar sin obstáculo ni distancia. El encuentro de Camille Rambaud contribuyó a concretizar esta etapa. Inmediatamente después se sintió llamado a fundar una comunidad de discípulos que pudieran seguir más de cerca a Nuestro Señor.

Esta exigencia de Santidad y de perfección que el Padre Chevrier llevaba en sí, no era para nada el signo de una espiritualidad encerrada en sí misma, sino que esta vida de verdadero discípulo estaba completamente articulada con la vida apostólica ante los pobres. Podemos recordar estas palabras del Padre Ancel: "La originalidad del padre Chevrier no está en el descubrimiento de una nueva espiritualidad o al nivel de la pastoral. Reside por completo en el encuentro de Cristo, pero este encuentro es por completo apostólico. Entonces entendemos por qué amaba tanto a San Pablo el padre Chevrier. Encontraba en él a un modelo del sacerdote según el Evangelio. San Pablo había encontrado a Cristo" (Intro. JF Six).

La gracia del Prado es misionera en su origen. Ahí hay un don particular del Espíritu para enriquecer la única misión de la Iglesia. La "conversión" de Navidad de 1856 provocaría un dinamismo de evangelización en el apóstol de la Guillotière que se sentía movido por la misión de Cristo, Enviado del Padre y único Maestro.

Conocemos los frutos de ello, en la manera de "enseñar el catecismo", a través de la creación de la obra de la primera

comunión y la adquisición de la sala del Prado. También en la fundación de una escuela clerical, en la redacción del *Verdadero Discípulo*, en las inscripciones del "Mural de Saint Fons", en una preocupación por formar sacerdotes pero también una familia apostólica (Hermanas, Laicos,...) para la misión ante los pobres. No olvidemos tampoco su preocupación por servir a las parroquias pobres para las que estableció un reglamento específico.

El padre Chevrier vivió con pasión un ministerio de engendramiento de Cristo en el corazón de los pobres, de quienes sufren, y de los despreciados de su tiempo. Compartía así el amor ferviente de San Pablo para que vivan comunidades de discípulos: "Hijos míos, por quienes estoy sufriendo nuevamente los dolores del parto hasta que Cristo sea formado en ustedes" (Ga 4, 19). El sacerdote de la Guillotière desarrolló un gran sentido de la paternidad apostólica.

Al hablar de los jóvenes, decía: "Sirvámosles de padre y madre, ocupándonos de ellos con sincero afecto y ganemos sus almas para Dios" (VD 418). Es por ello que se sintió impulsado a fundar una familia dedicada a la evangelización de los pobres, según las necesidades de la Iglesia y de la época, así como a formar "catequistas" y sacerdotes. "Siempre he pedido a Dios que haga nacer un núcleo de sacerdotes pobres y devotos, que no tengan otra idea y otro deseo que no sea el de dedicarse a la salvación de las almas, a la gloria de Dios, viviendo en la pobreza y en el sacrificio" (Cartas.89).

b) Tres actitudes fundadoras

A partir de la “conversión” del padre Chevrier en la Navidad 1856 cerca del pesebre, podemos desarrollar tres puntos para vivir el llamado de Dios.

La meditación

El primer es la de la meditación, como el padre Chevrier “meditando la noche de Navidad” 1856, a la manera de María, de quien Lucas nos dice que ella “conservaba con cuidado todas estas cosas y las meditaba en su corazón”. Se trata –en relación con los hechos más concretos de la existencia- de recibir, de trabajar, de orar la Palabra de Dios. Una frase clave es la revelación: “El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros”, a la que me gusta agregar: “Nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquellos a quienes el Hijo quiere revelárselos” (Mt 11,27). Esta meditación del misterio de Dios y del misterio de la persona humana conduce a la admiración, a la alabanza, antes de transfigurar un poco nuestra vida y nuestro ministerio. “¡Qué hermoso y que grande eres! ¿Quién sabrá conocerte? ¿Quién podrá comprenderte?”, exclama Chevrier luego de su meditación de Jesucristo.

La mirada

El salmo 113 habla de Dios Padre, el Altísimo que, más allá del cielo y de la tierra, se humilla para inclinarse hacia la humanidad y, en particular, hacia los pobres y los débiles. Es una inclinación llena de misericordia que revela y eleva a la persona para darle toda su dignidad de creatura y de hijo de Dios capaz de una vida fecunda. Sabemos cuán ampliamente realizó Jesucristo esta salvación de los hombres al centro del camino pascual. ¿Cómo podemos conservar

esta mirada teologal y ver con los ojos de Cristo a las personas hacia quienes soy enviado? “Que vemos?” La práctica del “cuaderno de vida” y la de la “revisión de vida” son valiosas para esto.

La decisión

El fundador del Prado tiene esta expresión: “Me decidí a seguir a Nuestro Señor Jesucristo más de cerca para volverme capaz de trabajar eficazmente por la salvación de las almas, y es mi deseo que ustedes también sigan a Nuestro Señor más de cerca”. La primera decisión es la de responder al llamado de Dios y de permanecer en la actitud de discípulo para cumplir mejor con la misión, en lugar de querer valerme de mis propias fuerzas. La segunda decisión es la de no permanecer solo, sino buscar a las personas a las que el Señor llama hoy en día. Desde hace mucho tiempo, la pastoral vocacional y la formación de los apóstoles me atraen particularmente, incluso si ante los ojos humanos, los resultados pueden parecer modestos, en ciertos lugares.

c) Un Instituto Secular

Me gusta mucho recordar la manera en la que el Derecho Canónico habla de lo específico de los sacerdotes miembros de un Instituto Secular: *“Los miembros clérigos, a través del testimonio de su vida consagrada, sobre todo en el presbiterio, vienen a ayudar a sus hermanos mediante una particular caridad apostólica, y en el pueblo de Dios trabajan por la santificación del mundo por su ministerio sagrado”* (C.713/3)

Para servir a la fraternidad

Una manera valiosa de concretizar la secularidad, nuestra relación con el mundo,

es dar testimonio de la fraternidad de Jesucristo. Nuestro ministerio es un don que Dios hace a la comunidad humana para que con toda la Iglesia sirvamos a la presencia del Reino de Dios que poco a poco transfigura nuestras sociedades. En primer lugar, estamos invitados a vivir con nuestro Obispo y nuestros hermanos sacerdotes este servicio de fraternidad y de reconciliación, para aplicarlo aún más en el lugar donde surjan las divisiones y las heridas. San Pablo nos dice: “Y todo esto procede de Dios, que nos reconcilió con él por intermedio de Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación. Porque es Dios el que estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo, no teniendo en cuenta los pecados de los hombres, y confiándonos la palabra de la reconciliación” (2 Co 5, 18-20).

Para permitir la santificación del mundo

Soy particularmente sensible al segundo punto que pide el Derecho Canónico: “Trabajar por la santificación del mundo a través de nuestro sagrado ministerio”. Esto pasa por la preocupación de permitir una justa relación de la Iglesia con el mundo, en el servicio del Reino de Dios y de la renovación de la creación. “Después de todo el Reino de Dios no es cuestión de comida o de bebida, sino de justicia, de paz y de gozo en el Espíritu Santo. El que sirve a Cristo de esta manera es agradable a Dios y goza de la aprobación de los hombres.” (Rm 14, 17-18). ¿Cómo hacer que las personas en su singularidad, que los grupos humanos con su historia y su especificidad, puedan más allá de los egoísmos e intereses particulares, honrar a Dios a través de su manera de situarse en este mundo? ¡Y esto, en los diferentes ámbitos de la existencia!

¡Que este mundo se humanice y sea santificado! Para mí, esto nos compromete a conservar una sensibilidad viva frente a las personas marcadas por las diversas pobreza que surgen en nuestras sociedades y a preocuparnos por acompañar a todos aquellos y aquellas que viven su fe al centro de los compromisos humanos. Presidir la Eucaristía hace entrar en la ofrenda que Cristo hace a su Padre y servir a la gracia que viene a regenerar a la humanidad. Con frecuencia nuestra oración está inspirada por la expresión “por la gloria de Dios y la salvación del mundo” y por el sufrimiento de Cristo en Getsemaní. Se trata de ofrecer a Dios todo lo que expresa en esta tierra la gloria de Dios y de llevar las intenciones del mundo ante Dios, pidiendo la salvación para todos “los pobres, los ignorantes y los pecadores”, según la expresión del Padre Chevrier.

3 – Algunos puntos

Para concretizar el impulso misionero al que somos llamados en esta Asamblea Latinoamericana y Caribena me permito subrayar, para terminar, diversos puntos que me parecen esenciales para los años que vienen:

* El primero es la importancia de la calidad de nuestro **acto de fe** y de nuestra confianza en la gracia de Dios. En primer lugar, estamos ante un don del Espíritu a las Iglesias de nuestros varios países para la evangelización de los pobres. ¿Acaso el Prado no es en primer lugar una gracia de unión a Jesucristo en su misión de Enviado del Padre en el Espíritu Santo para la liberación y la salvación de la gente? Siempre tenemos que fortalecer este apego a la persona de Cristo, para no combatir en vano.

* **El misterio pascual** es lo que salva. No olvidemos los sacramentos que nos asocian a la pasión de Jesucristo. Al igual que Moisés, Esteban y tantos profetas y misioneros, somos llamados a cumplir la voluntad de Dios, en una vida entregada y dada. El combate de la fidelidad a la elección de vida es el nuestro, en particular el combate de la pobreza en imitación de Cristo y por amor, por respeto a los pobres que encontramos. La Pasión nos muestra también cómo Jesús vive la violencia, esa violencia tan presente en varios lugares.

* Guardar conciencia del tesoro que nos dejó el Padre Chevrier con **el estudio de Evangelio**. La Palabra está al centro de la misión. Conocemos la importancia de ponerla al alcance de los pobres y del mayor número de personas. Es el fundamento de las acciones de la pastoral. Es la fuente de la expresión “enseñar el catecismo” y de la puesta en acción de la transmisión de la fe. ¿Cómo tomar nuestro papel respecto a esto en cada una de nuestras diócesis?

* El **ministerio de la oración**. Arraigados en el pueblo y la comunidad cristiana a la que servimos, se trata de permanecer unidos a Cristo, único Sacerdote y Buen Pastor, en su oración al Padre por la humanidad (cf Hb 7,23-25. Col 4,12). Sabemos la importancia de cuidar la liturgia en corazón de la misión. A través de la Eucaristía, la oración y el conjunto de las prácticas (adoración, camino de la cruz, rosario, hora santa,...), es una invitación a mantenernos ante Dios, para su gloria y la salvación del mundo. El combate de la oración es constitutivo de la misión y de la actitud del siervo de Jesucristo. ¡Sin el espíritu de oración, el apostolado puede rápidamente convertirse en una obra

meramente humana! También tomemos apoyo en la oración a la Virgen María que nos consolida en el Salvador y su misión (cf Jn 2,12).

* Los textos meditados nos muestran el sentir de Dios por la gente que necesita liberación y salvación. El Padre Chevrier fue muy sensible a ello (cf VD 418 – 419). Sin negar la importancia de un análisis serio de la situación de los pobres, con todas las evoluciones que podemos comprobar, se nos invita a mantener una rica **mirada teologal**, la del mismo Jesucristo. ¿Qué rostros ponemos, cuando tomamos las dos trilogías: la del Padre Chevrier, “Los pobres, los ignorantes y los pecadores”, y la del Prado a partir del Mural de Saint Fons, “los pobres, los que sufren, los desafortunados”?

* La misión nos hace vivir la opción preferencial por los pobres y mantener **una fuerte sensibilidad para con ellos**. Las formas de la pobreza a la vez son permanentes y están en constante evolución. Más de una vez me han embargado la cólera o la indignación al ver el destino de la gente que es víctima de injusticias y de violencia. ¿Cómo ir hacia las personas en dificultad, escucharlas, entrar en diálogo? (cf Lc 16-21). ¿Esta misión exige una vida pobre y humilde, por imitación a Cristo y para no crear obstáculos para el encuentro? Teniendo en cuenta las evoluciones culturales, ¿cómo hacemos visible hoy en día esta pobreza, según el “Mural de Saint Fons”?

* La búsqueda actual del Prado, al igual que la de la Iglesia, nos invita a librar con energía este hermoso combate del ministerio, para una **renovación de la misión** y para dar la vida que proviene de Dios a través de iniciativas audaces. Este será el tema de la Asamblea General de 2013:

“Anunciar a los pobres la riqueza de Jesucristo”. Esta es la preocupación de toda la Iglesia con el sínodo sobre la nueva evangelización y la carta de Benedicto XVI sobre la “puerta de la fe”. Pienso que nuestras Constituciones sitúan bien la originalidad de la aportación del Prado. Las Constituciones afirman fuertemente la dimensión apostólica de nuestra vocación a partir del don concedido al Padre Chevrier: “La Asociación de los sacerdotes del Prado es el fruto de una gracia concedida por el Espíritu Santo a la Iglesia en la persona de Antonio Chevrier, sacerdote de la diócesis de Lyon, en vista de la Evangelización de los pobres” (C. 1). ¿Cómo ayudarnos a conservar creatividad y entusiasmo para la misión en el corazón de nuestra diócesis y para la misión propia del Prado (qué iniciativas tomamos como instituto: semana de espiritualidad, revista, sitio web, ofrecer ejercicios espirituales, apoyo a grupos de laicos del Prado, relaciones con seminaristas...).

* La articulación entre **evangelización y humanización**. Los desafíos de la misión ante los más pobres son numerosos. Las situaciones difieren según las regiones del mundo. En ciertos lugares, los más pobres están lejos de la Iglesia y se encuentran cortados del conocimiento de Dios. Por el contrario, en otras regiones, los más desprovistos dan testimonio de una fe viva, con frecuencia apoyada en una religiosidad popular. ¿Cómo despertar o alimentar el sentido de Dios entre los pobres? ¿Cómo trazar al mismo tiempo, a nivel de las personas y de las instituciones, un camino de humanización, sin impedir la adquisición de puntos de referencia de vida y de un marco estructurante? ¿Cómo permite la iglesia una verdadera experiencia espiritual y fraterna,

tomando en cuenta la alegría y el sentido de la fiesta?

* La prioridad para **los niños y los jóvenes**. De hecho, el padre Chevrier pasó la parte esencial de su ministerio con adolescentes pobres y jóvenes destinados a convertirse en sacerdotes. Fue un verdadero educador de la fe de los jóvenes, sin descuidar otros ministerios como el de la dirección espiritual. En mis visitas a los pradosianos, siempre estoy atento a este punto. ¿Cómo da prioridad el Prado a la evangelización de los niños y jóvenes del medio popular? ¿Cómo permite que cada uno encuentre su lugar y su vocación?

* El sentido de la **misión tanto a nivel de la Iglesia diocesana como de la Iglesia universal**. Más de 60 miembros del Prado son actualmente sacerdotes fidéi donum, enviados a otra iglesia distinta a la suya. 22 son al servicio de la misión del Instituto del Prado. Aquí vemos una hermosa tradición de nuestra familia. ¿Cómo alentarla y continuarla con miembros del Prado latinoamericano y caribeno? Los llamados de la Iglesia universal dirigidos al Prado no faltan. Sin embargo, es muy difícil responder a ellos, particularmente cuando se trata de lugares de misiones específicas como en África del norte, o de solicitudes respecto a la formación de seminaristas.

* **“Un grupo de sacerdotes pobres y dedicados”**. Lo importante no es juntar grandes grupos sino formar, al seno de las diócesis, verdaderas comunidades pradosianas, con personas reunidas por una misma vocación y una misma misión. Por eso, conocemos la importancia de la celebración del compromiso Temporario y Perpetuo ¿Cómo intensificar una vida fraterna al centro del apostolado? El padre Chevrier

no concebía al Prado sin un fuerte apoyo entre hermanos. Nuestra Asociación sólo puede avanzar si se desarrollan un sentido de corresponsabilidad y una preocupación por dar tiempo para hacer vivir al Instituto. ¡Si no, el sabor de la sal de desazona rápidamente! La mala levadura toma la delantera e impide convertirnos en buen pan. Quiero subrayar aquí la importancia de las relaciones con los seminaristas de y de apoyar la existencia del Seminario del Prado. Este lugar nos recuerda una de las dos dimensiones de nuestro carisma que es la formación de sacerdotes.

* El impulso misionero es la obra de **toda la familia del Prado** en su riqueza y su diversidad. (sacerdotes, hermanas, laicos consagrados –mujeres y hombres-, diáconos permanentes, laicos). ¿Es posible encontrar el dinamismo original? Al cabo de los años, cada parte de la familia ha sido llevada a desarrollar su originalidad propia. Al principio del Prado, todos estaban reunidos por una misma obra, por un mismo llamado a trabajar por la evangelización de los pobres. Si el Padre Chevrier se sintió llamado de manera más especial a formar sacerdotes, desde el principio, se encontró rodeado de jóvenes laicos que tuvieron un papel esencial en el “catecismo” de los niños. De ahí se organizaría la sociedad de las Hermanas del Prado y enseguida el grupo de los Hermanos. Una misma misión y un mismo llamado a vivir como discípulos reunían a la familia. ¿Cómo conservar o encontrar este sentido de la obra común, siempre respetando la autonomía de cada miembro? ¡Sin duda, esta solidaridad en la misión es lo que permitirá la manifestación de nuevas vocaciones!

En conclusión, me permito devolver la palabra al Padre Chevrier, pidiéndole el apoyo de su oración. En primer lugar, estas palabras cuando medita la escena de la Visitación: “María estaba llena de gracia y, desde que llevaba en su seno al Verbo eterno, esta gracia no hacía más que aumentar... ¡Qué hermosos somos cuando llevamos en nosotros a Dios! María lleva la gracia en ella y la extiende a través de todo su ser: sus palabras, sus gestos, sus acciones” (Escritos Espirituales p.114). Y en una carta a la hermana Véronique Antoine Chevrier, escribe: “¿Acaso no estamos aquí para eso y solo para eso: conocer a Jesucristo y a su Padre y hacer que los demás los conozcan?; ¿no es esto lo suficientemente hermoso y no tenemos con ello de qué ocuparnos toda nuestra vida sin ir a buscar a otra parte con qué ocupar nuestro espíritu?; y también, ¿no está ahí todo mi deseo de tener hermanos y hermanas catequistas? Yo mismo trabajo en ello con alegría y felicidad; saber hablar de Dios y darlo a conocer a los pobres y a los ignorantes, ahí está nuestra vida y nuestro amor” (Cartas. 181).

Robert Daviaud (Enero 2012)

"Lo que hace falta" para trabajar en la obra de Dios (Textos del Padre Chevrier)



1 – "Ir", como Jesucristo

"Iré en medio de ellos, viviré su vida; estos niños verán más de cerca lo que es el sacerdote y les daré la fe". "La gente no viene. Es necesario ir a buscarla".

"Es necesario instruir a los ignorantes, evangelizar a los pobres. Esta es la misión de Nuestro Señor. Es la misión de todo sacerdote, la nuestra en particular: es nuestro destino. Ir a los pobres, hablar del Reino de Dios a los obreros, a los humildes, a los pequeños, a los desprovistos, a todos los que sufren. ¡Oh!, se nos permite ir como Nuestro Señor, como los apóstoles, 'tanto en público como en privado' (Hch 20,20), a las plazas, a las fábricas, a las familias, a llevar la fe, a predicar el Evangelio, catequizar, dar a conocer a Nuestro Señor" (*Escritos Espirituales*, p. 57-58).

2 – En primer lugar, la obra espiritual

"Hay que comenzar por lo espiritual. Sólo después vendrá la obra material... Tenemos, pues, que dejar pasar la obra espiritual ante todo. Instruir, catequizar, ese es el primer deber que cumplir². Poco importa si no se tiene lo necesario. **¿Tenía nuestro Señor lo necesario cuando vino a la tierra?** ¿Tenía lo necesario en sus viajes por Galilea, Judea y Decápolis?

¿Tenía lo necesario cuando estaba en la cruz? ¡Si tenemos que sufrir, tanto mejor! Mejor resultará y más sólida la obra de Dios. Atraeremos y ganaremos más almas para Dios por la pobreza y el sufrimiento que por el bienestar y las riquezas... Toda obra de Dios debe, ante todo, llevar el sello de la pobreza y del sufrimiento... Por lo demás no son ni las tierras, ni las casas, ni el oro, ni la plata, lo que hace las obras de Dios. Son los hombres, hombres generosos, piadosos, que saben sufrir, animados del espíritu de Dios. Esto es lo que se necesita para hacer las obras. Dadme un alma generosa, devota, que sepa sufrir: valdrá más que un millón. Cuando a esta alma se une a otra animada del mismo deseo y se encaminan a la misma meta, unidas igualmente por el amor de Dios, **la obra está fundada**" (VD 307-308).

3 – Dios nos da confianza

"**No intranquilizarse por el porvenir.** Nuestro Señor quiere que desechemos de nuestro corazón toda inquietud por el futuro. No teme hablar extensamente de la confianza que debemos tener en Dios. Entra en muchos pormenores a fin de mostrarnos que Dios

quiere ser verdaderamente nuestro Padre, y que sería hacerle grave injuria si nos angustiamos por las cosas temporales cuando trabajamos para él...

¿Puede Dios abandonar a su servidor que trabaja para él? ¿No promete el céntuplo a quien todo lo ha dejado por él? ¿No sabe Dios qué es lo que necesitamos? ¿Nos atreveremos a pensar que quien haya ejercido la caridad para con los demás se verá privado de esta misma caridad cuando él la necesite? No. **Presente está la palabra de Dios y él quiere que confiemos en ella**" (VD 317-318).

4 – Tener el Espíritu de Jesucristo y mostrar el camino

«Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los albañiles (Sal 127,1). En vano tratamos de construir si Dios no está con nosotros, si no es él el arquitecto, si él no dirige los trabajos, proporciona el plan, elige a los obreros y lo ordena todo él mismo. Una sola piedra mala o mal colocada puede estremecer y derrumbar el edificio...

Solo lo que está fundado en Jesucristo puede permanecer. Lo que está fundado en otra base no puede durar ni ser sólido... Entonces, él debe hacerlo todo: elegir, llamar, construir, rechazar y llamar a quien le plazca. Lo único que podemos hacer es mostrar el camino, dar a conocer lo que Nuestro Señor dijo, el camino que siguió, y luego cada quien verá si quiere seguir así a Nuestro Señor y tomar su lugar en la casa de Dios.

El espíritu de Jesucristo es bueno para todos y para siempre. Las cosas exteriores no siempre pueden hacerse. **Puede haber impedimentos para ellas; pero siempre podemos tener el espíritu de Jesucristo,** é no puede abandonarnos nunca. La regla exterior puede no siempre cumplirse, pero si tengo el espíritu de Jesucristo, tengo todo lo necesario. Spiritus est qui vivificat... El espíritu de Jesucristo se encuentra en la palabra de Nuestro Señor, sobre todo, en el **estudio del Santo Evangelio.** Las palabras y las acciones de Jesucristo, esto es lo que constituye todo nuestro estudio, es lo que debemos tratar de conocer y comprender. Cuando hayamos comprendido esto, lo habremos comprendido todo" (CDA 121-123).

5 – ¡Convertirnos en pequeños y verdaderos misioneros!

Para llegar a la salvación de las almas, a este fin tan grande, tan útil al prójimo, nos proponemos enseñar el catecismo, es decir, que renunciemos a toda grande y solemne predicación en favor de instrucciones sencillas y familiares, adecuadas para instruir a los pobres, a los ignorantes y a los niños.

Enseñaremos el catecismo todos los días, a menos que haya un impedimento serio; y cuando se nos lo permita, iremos a enseñar el catecismo a las parroquias, a las aldeas, a los pueblos, a los barrios, a las fábricas, para traer a Dios a todos aquellos pobres que se alejan de nosotros, imitando así a los apóstoles que iban a predicar "publice et per domos", convirtiéndonos así en pequeños y verdaderos misioneros (CDA 322-323).